

El existencialismo y la búsqueda de Dios

J. A. Alonso Herrero, S. J.

Dios. Siempre se escribe de Dios. Desde que Homero cantó las hazañas de los dioses y de los hombres, pocos escritores se han olvidado de Dios. Unos para defenderle, otros para atacarle, intentando soterrarlo en los últimos repliegues del cerebro. ¡Inaudito! Pretender destruir la idea de Dios, citando continuamente —aunque con saña— su nombre.

Este hecho palpable excita nuestra curiosidad. ¿Por qué se hablará tanto de Dios? ¿También el hombre moderno se interesa por Dios? A primera vista parecería que no hay resquicio para Dios en nuestro tren de vida. La ciencia humana puede satisfacer las exigencias más íntimas del hombre: los científicos han colocado sus proyectiles en la luna, hoy se opera con corazones artificiales, etc. ¿Para qué Dios? La técnica ha desbancado a Dios, gritan algunos.

¿Es éste el juicio de nuestra época? ¿Yace Dios enmohecido bajo el subsuelo de la técnica? Si nos trasladamos al año 2.400, al gabinete de un historiador competente en el momento en que redacta su juicio sobre nuestro siglo, le veríamos dar una sentencia más optimista sobre nuestros días.

Al menos Charles Moeller, el conocido crítico literario, no cree en ese triunfo aplastante de la técnica. Afirma, es cierto, que hoy día hay ateísmo, pero entremezclado con una fuerte obsesión de las cosas religiosas. El hombre actual padece la preocupación de Dios. Hay algo en su alma todavía vacío. Nuestro siglo XX ha abandonado la ridícula seguridad del siglo XIX, confiado plenamente en la ciencia y en el esfuerzo humano.

Plank con su teoría de los quanta, Heisemberg con el indeterminismo intra-atómico y Einstein con la famosa teoría de la relatividad, han surgido del siglo XX como los adalides de la nueva ciencia. Hoy ya podemos mirar tras nuestras espaldas la vieja física de Newton y Laplace. Las indómitas partículas subatómicas han resquebrajado la ciencia del siglo XIX; hasta los inmovibles postulados matemáticos de la centuria pasada se han tambaleado al empujón de la teoría de los conjuntos de Cantor. El científico de nuestro siglo no puede agarrarse a la ciencia con la seguridad ridícula de sus antepasados.

A este seísmo proveniente del campo científico es preciso añadir la fuerte sacudida emocional que excitó en Europa la guerra de 1914. Los efectos de una guerra moderna no se reparan con la paz de Versalles; son precisos varios años para remover los escombros de las calles y restañar las heridas de los edificios. ¿Quién no ha contemplado, en el cine al menos las calles rotas, inanes del Berlín de la post-guerra, o de Colonia, o de Bélgica...? ¿Y los hombres que sufrieron la guerra? ¿Los hombres que hicieron la guerra! Los que durmieron en las trincheras, los que avanzaron kilómetros y kilómetros con el agua hasta la cintura, los que al atravesar los lagos helados de Rusia se hundían a decenas. ¿Cómo tendrían sus almas? Encogidas, sin ilusiones, trinchadas como las torres de las catedrales. ¿Qué les interesaba a ellos el optimismo dialéctico de Hegel fundado en un idealismo racionalista absurdo? Si ya Kierkegaard había protestado contra esa manía de mirar al hombre "desde fuera", ¿con cuánta mayor razón, lo harían ellos? Habían bebido la soledad en las noches de guerra, habían vivido años y años atenazados por los palpos fríos de unas circunstancias impuestas, ineludibles.

Esos hombres necesitaban una filosofía **vital**: necesitaban buscar sentido a su existencia.

Así surgió lentamente el existencialismo. Los existencialistas quisieron buscar la **respuesta adecuada** para esas generaciones deprimidas, ansiosas de luz.

La mentalidad de la post-guerra, pues, es anormal. Ansía que la filosofía satisfaga las exigencias de su realidad existencial, actual, **concreta**. Cada día el problema del ser, de lo concreto, tiene mayor preponderancia sobre el gnoseológico; por eso los filósofos se desgajan casi unánimemente de Kant para lanzarse a la persona humana en su existencia negra, dolorosa. El existencialista indaga en la **vida concreta**, captada con sus luces y sombras, con sus alegrías y sus dolores, con sus contradicciones y sus absurdos. Sostiene que el ser debe reconquistarse en la existencia, en el "ser-en". Para él, el problema de la existencia es simultáneo al problema del ser, y la existencia agota al ser.

Con el existencialismo, nacido de las entrañas del siglo XX, llegamos a la filosofía que más ha influido en la mentalidad actual.

Si analizamos en concreto las consecuencias que origina el existencialismo respecto del problema de Dios, veremos que coinciden casi totalmente con los sentimientos del hombre moderno, de mediados del siglo XX.

El existencialismo al plantear el problema del hombre en su vivir concreto, contingente, abre la brecha a una infinidad de problemas. Inmediatamente se desencadenan incontenibles las preguntas: ¿Cuál es el sentido de la existencia de la persona? ¿Qué es el ser? ¿Hay alguna relación entre el hombre y Dios? ¿Qué función y alcance tiene la razón en la solución de estos problemas? El problema central es siempre el mismo: **Existencia y trascendencia, hombre y Dios**.

Así pues el existencialismo al agobiar al hombre con sus preguntas, al pintarle la angustia existencial de las situaciones límites, ha creado sin quererlo el problema de la trascendencia, y por otra parte, al preocuparse sólo de la persona humana, al afanarse solamente por exaltar la contingencia, la angustia, lo concreto, etc., se ha encerrado sin quererlo en la inmanencia.

Por eso el existencialismo no puede dar ninguna solución religiosa, ni puede decir nada al alma contemporánea sedienta de Dios. Sartre, el existencialista más conocido por el vulgo, al sentirse encerrado en el atolladero que él mismo ha construido, no encuentra sino una solución: la náusea. La náusea para Sartre significa el sentimiento vivo de la absurdidad de nuestro vivir, de la abyección total de la existencia humana.

Heidegger no desemboca en la náusea, sino en la "Nada". Pero, ¿qué significa esa nada? Ni él mismo lo ha explicado con nitidez. No es la nada en sentido absoluto, ni es Dios. Entonces ¿qué? Tal vez Heidegger para estas horas haya encontrado una solución más clara. Entre tanto esperemos.

Es doloroso el saldo que ha dejado el existencialismo. Surgió prepotente para buscar una solución, ansiaba romper las vallas del inmanentismo kantiano, y se ha apagado sin conseguir su cometido. No ha solucionado el problema del hombre moderno ni ha respondido a esa solicitud por las cosas religiosas que bulle en nuestros días, y lo que es aún más deplorable, ha cerrado el camino para toda solución.

Porque gracias al existencialismo conviven hoy en el mundo dos realidades que al radicarse en un mismo individuo no pueden menos de influirse mutuamente y ahogar todo rayo de luz.

Por una parte el hombre, acosado por el problema de su existencia, se ha vuelto a su "yo". Todo lo ve desde este centro. Todo tiene valor en cuanto se refiere a él.

Aun cuando sueña en Dios, no lo hace sino para buscar una solución a su angustia, a su contingencia... Pero como es ateo, ese Ser Infinito y su misma búsqueda de Dios se le transforma en angustia.

Por otra parte, la segunda realidad, que agrava el antropocentrismo naturalista del hombre del siglo XX, es su desconfianza respecto de la metafísica y de las filosofías objetivas: término natural al que le han conducido las filosofías de la post-guerra, especialmente el existencialismo.

Por causa de este irracionalismo el hombre moderno no cree en la posibilidad de encontrar una verdad espiritual, **objetiva**, universal que se imponga **como absoluta**.

Ante la pregunta: ¿qué es el hombre moderno sin Dios?, podemos responder con el existencialismo: "Angustia, nada, ser para morir fracaso..."

Ante este cuadro aparentemente desolador nos preguntamos: ¿qué hacer?, ¿por dónde buscar la salida?

La filosofía cristiana ha percibido la gravedad del momento y ha reaccionado presurosa para encaminar esa **solicitud religiosa** de nuestro siglo hacia el Dios verdadero. Ya en 1947 decía Van Steenberghe: "Tenemos que ofrecer a nuestros contemporáneos una solución sólida y satisfactoria del problema de Dios. Es preciso que pongamos la prueba metafísica de la existencia de Dios en los términos correctos y que abandonemos las estructuras pasadas de moda.

Doble es el trabajo que debe realizar la filosofía cristiana para demostrar metafísicamente la existencia de Dios.

Ante todo, reconstruir aquel orden metafísico necesario para llegar al ser trascendente. Para lo cual deberá exigir al mundo moderno que recupere de nuevo la confianza respecto de las posibilidades de la razón.

El mal de nuestros contemporáneos radica en haber perdido la confianza en nuestro entendimiento para resolver el problema de Dios. "Encuestas actuales —afirma Charles Moeller— sobre "sens de Dieu" en la mentalidad contemporánea han revelado que nuestro siglo muere de asfixia por falta de metafísica".

En este punto el influjo del existencialismo es negativo: el existencialista rechaza el valor de nuestro entendimiento y no se contenta con desecharlo como inútil, sino que proclama ser un enemigo declarado del hombre al que empuja hacia la existencia inauténtica, fácil, confiada. El existencialismo —abierto— pretende llegar a Dios por una pura fenomenología.

Contra él la escolástica afirma que la única manera de llegar al trascendente es el discurso racional. La filosofía cristiana propugna la reflexión metafísica elaborada con la actividad discursiva como el único conducto que nos puede llevar a Dios.

Los escolásticos, al hojear la historia de la filosofía, han percibido el fracaso de las innumerables pruebas inventadas para llegar a Dios. Fracasaron las pruebas empírico-psicológicas que buscan una **manifestación directa** de la presencia de Dios por medio de una experiencia religiosa, bien sea común, como en los ontologistas o restringida a personas privilegiadas, como en Bergson. Fracasaron también las pruebas positivas apoyadas en la degradación de la energía, en el origen de la vida etc., porque no nos conducen **necesariamente** al Ser Infinito. Se derrumbaron del mismo modo los argumentos filosófico-psicológicos que afirman la existencia de Dios como una **necesidad** primordial para explicar todo, basándose en la actividad humana, ya de orden intelectual (San Anselmo, Descartes) ya de orden volitivo (Blondel).

Ante tanta frustración, los escolásticos no han desembocado en el escepticismo. Todo lo contrario, se han convencido más firmemente de que para demostrar la existencia de Dios con la luz natural es necesario un pensamiento exclusivamente metafísico.

Entonces, ¿los hechos científicos, como la ley de la entropía, el origen de la vida, no sirven para nada? ¿Y las exploraciones penetrantes de la experiencia humana, llevadas a cabo por el existencialismo carecen también de valor? De ningún modo. Son excelentes "preparaciones psicológicas" para la prueba propiamente tal. Son datos que pueden llamar la atención del ateo y excitarle a buscar la razón suficiente de esos fenómenos.

Hoy, por consiguiente, la única prueba filosófica que se admite de la existencia de Dios es la metafísica basada en la contingencia del ser. (1)

(1) El Padre Martindale sintetiza en estas palabras la prueba:

"Nuestra inteligencia nos indica claramente el hecho de que todas las cosas de que tenemos conocimiento son **dependientes**. Dependemos de nuestros padres para nuestra existencia física. Todo objeto —hecho— depende de quien lo hace. Por lo tanto, podemos agrupar a todas las cosas dependientes pasadas, presentes o futuras y llamarlas "lo dependiente", tal como podemos agrupar todos los hombres y llamarlos "la Humanidad".

Pero lo dependiente, por la misma fuerza de la palabra, depende de algo; de otra manera, no sería dependiente. Y ese algo no puede ser dependiente, porque, de lo contrario caería en el grupo de los que dependen, y tendríamos que empezar de nuevo el razonamiento. Ahora bien, "lo dependiente", a la larga implica necesariamente al "Independiente", tal como el "hijo" implica al "padre". Por lo tanto, **existe un Ser Independiente del cual depende todo lo demás**".

("Ansias de Dios", C. C. Martindale, S. J. pág. 57. Copyright by Sociedad de Educación ATENAS, S. A. Madrid. 1945).

Pero no basta con restaurar el orden metafísico para llegar a Dios. La filosofía escolástica si quiere llegar a una conciliación profunda con las escuelas vigentes sobre todo el existencialismo, deberá comenzar su prueba de la existencia de Dios con un análisis más profundo de la inmanencia misma de la persona humana.

La prueba de la existencia de Dios por la contingencia se basa en un ser contingente. ¿En cuál? ¿Puede ser cualquiera?

En este punto, nuestro tiempo es mucho más exigente que cualquiera de los pasados. Los escolásticos medievales, por ejemplo, eran demasiado confiados respecto de la capacidad de nuestro conocimiento. Ellos no se propusieron el problema crítico con el rigor que exigimos hoy. Sólo a partir de Descartes y Kant comenzó a dudarse de la capacidad de nuestras facultades cognoscitivas.

La filosofía cristiana ha aceptado estas reservas de las corrientes filosóficas actuales y pone como punto de partida para la prueba de la existencia de Dios algo de lo que no podemos dudar racionalmente: nuestros actos de conciencia, nuestras voliciones, intelecciones, etc.

Podemos dudar de lo que nos rodea, del árbol que vegeta frente a nuestra ventana, del sol que nos alumbra cada día, del amigo con el que disfrutamos juntos de una película. Pero nadie podrá dudar racionalmente del **Acto de su conciencia** con el que desea un objeto (aunque este objeto no exista), o del **acto** con el que piensa en un círculo cuadrado (aunque esta idea sea un absurdo).

Ya el año 1930 afirmaba el Padre Descoqs, eminente escolástico de nuestro siglo: "El último fundamento de la prueba de la existencia de Dios es la insuficiencia metafísica del ser, manifestada por la dependencia en el ser, o en otras palabras, la contingencia del ser sometido al movimiento y al devenir que cae bajo nuestra **experiencia inmediata** y que sirve de punto de partida a nuestra prueba".

**Envíe sus hijos a Universidades Libres,
regidas por la Iglesia Católica:**

México: Universidad Ibero-Americana.

Guatemala: Universidad Rafael Landívar.

Nicaragua: Universidad Centro-Americana, Managua.

Colombia: Universidad Javeriana, Bogotá.

¡PIDANOS INFORMACION!